

Tomás Escuder Palau

Cuentos del País Valenciano,
Islas Baleares y Cataluña

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| 1. EL CABRITILLO DE ORO | 7 |
| 2. LOS TRES ESTUDIANTES | 11 |
| 3. EL LIRIO AZUL | 15 |
| 4. EL TONTO JUAN TORTA | 19 |
| 5. LOS TRES DONES..... | 25 |
| 6. ENTRE LA MADRE Y LA HIJA | 31 |
| 7. EL HIJO DEL ZAPATERO | 35 |
| 8. LOS TRES EXTRANJEROS | 39 |
| 9. LA CASITA DE AZÚCAR | 43 |
| 10. MARÍA LA PEQUEÑA | 47 |
| 11. EL ABUELO MALO | 51 |
| 12. EL PERRO EL GATO Y EL AUTILLO | 55 |
| 13. LOS TRES HERMANOS | 61 |
| 14. MOSÉN MIGUEL | 69 |
| 15. EL AMOR DE LAS TRES NARANJAS | 77 |
| 16. EL REY Y LA MORA | 87 |
| 17. LA NIÑA Y EL LOBO | 93 |
| 18. ELLA NO QUERÍA AMASAR | 97 |
| 19. EL LOBO Y LA ZORRA | 101 |
| 20. EL CUBO DE FLORES | 103 |
| 21. EL PEDO DEL LOBO | 109 |
| 22. LOS DESACIERTOS | 115 |
| 23. PATUFET | 117 |
| 24. EL ENFADOSO | 121 |
| 25. JAIMITO Y NOSTRAMO | 123 |
| 26. SAN PEDRO Y NUESTRO SEÑOR | 129 |
| 27. LA CASA DE LAS MONAS | 135 |
| 28. MARÍA LA BEATA | 141 |
| 29. PEPITO Y PEPITA: HERMANOS | 147 |
| 30. PERICO Y EL GIGANTE | 151 |

EL CABRITILLO DE ORO

HÍ dicen que sucedió en aquel tiempo, cuando los musulmanes dominaban ambas riberas del Mediterráneo y su fuerza y su cultura eran la gloria del mundo. Muchos de ellos cansados de tanta batalla sin cuento y de recorrer las montañas en busca de refugio llegaron por fin al Tossal de Marinet.

Estaba la montaña en tierras agrestes y duras, rodeaban sus laderas bosques de encinas y pinares, y el agua, como en tantos valles y barrancos cercanos a la costa, era escasa y un preciado bien.

Al principio se mostraron temerosos por la enorme altura de la montaña que les parecía demasiado altanera, y porque habían comprobado que entre aquellas rocas sólo anidaban águilas y vivían únicamente fieras salvajes y temibles.

Pero iba creciendo la hueste de los grupos que huían atemorizados, de modo que obligados por las continuas escaramuzas que mantenían con los cristianos, decidieron retirarse entre aquellas rocas como posible defensa y último recurso. Empezaron por construir ásperas torres y almenas orgullosas, y alzaron sobre la enorme roca un castillo que terminó convirtiéndose en el más poderoso y admirado de todo el país.

Desde allí arriba se podían divisar cuando los días se vestían de luminosidad, que eran los más, pueblos pequeños y grandes, también aldehuelas y caseríos desperdigados entre barrancos, o masías solitarias. Tras los llanos se adivinaba el mar como una sábana azul. Y allá, entre el boscaje y las rocas, habían conseguido vivir en paz renunciando volver a sus antiguos lares. Terminaron considerando que aquel sería su hogar definitivo.

Los días se sucedían lentamente pero, con mucho trabajo y gran sacrificio, se agenciaron una enorme cantidad de oro que acabó por llenar todas sus arcas y las casas.

Tanta era la riqueza que las orgullosas torres y almenas, las potentes murallas y los engreídos portazgos andaban llenos de pedrería de enorme finura, y todo resplandecía recubierto por pan de oro. Y por dentro..., por dentro las guirnaldas y las joyas, los cortinajes y las alfombras se podían encontrar en cualquier pasadizo, tras puertas y habitaciones, por las salas privadas y en las plazas de reunión pública.

Ninguna casa o pueblo ni ningún otro castillo en aquellos parajes era la mitad de rico ni tan altanero. El oro lo introducían a lomo de hermosas jacas, sobre mulos y caballos percherones, e incluso sobre pequeños y briosos corceles que eran el orgullo de sus habitantes, dentro de enormes capazos, llenos hasta rebosar.

En aquel reino no había más que una peste, una tremenda losa pesando sobre sus vidas y haciendas: las guerras continuas y crueles, siempre despiadadamente carniceras, con los cristianos. Parecía como si no supieran actuar de otra manera más que peleándose de forma continuada unos contra los otros. Descaradamente y con saña.

En aquellos tiempos, los partidarios de la cruz anhelaban con todas sus fuerzas conquistar el castillo. Querían a cualquier precio echar de allí aquellas huestes de Mahoma.

Y así que una vez, cansados de no poder desalojarlos, decidieron tramar una terrible estratagema. Se dijeron:

– En una noche daremos cumplida y suficiente venganza a nuestros afanes. La tierra arderá y ellos huirán llenos de espanto.

Fue a partir de entonces cuando se decidió que un día mostrarían su poder creciente y para ello les iban a presentar una enigmática batalla.

Así empezó todo una noche; cuando el firmamento era oscuro como la garganta de un lobo. Por los valles y barrancos se podían oír toda clase de alaridos y quejumbrosos lamentos de los animales en huida. Se escuchaba por entre el bosque y las laderas un rugir que daba espanto.

En ese momento los cristianos cogieron unos zorros atándoles matojos bien secos a sus colas. Después de encenderlos se hizo la suelta de aquellos animales, que empezaron a correr totalmente atemorizados hacia la cima de la montaña.

En su recorrido no dejaron ni una sola planta o arbusto sin quemar, y todas las faldas de la loma habían empezado a arder hasta que el cielo fue color púrpura y el olor de la quemazón se hizo muy vivo.

Cuando los musulmanes vieron aquella enorme hoguera que se les venía encima con la pavorosa velocidad del viento caliente se atemorizaron. No les cupo otro remedio sino darse a la huida llevándose cuanto el incendio y los ataques del poderío cristiano les permi-

tió. Lamentaban su suerte con sollozos y quejidos de pesadumbre.

Arriba, entre las ruinas del altanero castillo, no quedó nadie para poder hablar ni lamentar los hechos. Huyeron de tal forma que no se dejó atrás ni una sola moneda de oro, ni una perla o alhaja.

De modo que, cuando los cristianos llegaron a lo alto, el castillo no era ya otra cosa que carbón y cenizas junto a la enorme desolación que dejó el incendio. Pero no en vano los hijos de Mahoma sobresalían en vivir escondiéndose, pues todo lo que no se habían podido llevar consigo los moriscos lo terminaron ocultando entre las rocas, para dejar, con el imperativo deseo de volver algún día, un cabritillo hecho de oro relleno de joyas admirables y monedas de atractivo fulgor.

Pasaron los años, y aún hoy hay gente sin temor que en la noche de Sant Juan sube al castillo con el anhelo de encontrar aquel tesoro que debe andar por entre las ruinas del alcázar.

Que trepen desnudos y sin armas es la condición imprescindible para que el cabritillo se les presente. Y aún nadie, hasta hoy, ha dado con él. Pero dicen los que saben, que nada resulta imposible para los que desean descubrir un tesoro.